

Índice para el Material de trabajo con textos

TEXTO: El Asno, el Perro y el Lobo	2
TEXTO: La princesa y el guisante	2
TEXTO: Viaje al centro de la tierra	3
TEXTO: El piano se abre solo	3
TEXTO: Las mil y una noches	4
TEXTO: La historia de Roma	4
TEXTO: Memorias de ultratumba	5

MATERIAL PARA COMENZAR A TRABAJAR CON TEXTOS

Búsqueda en Google: “textos para copiar y pegar”

<https://ejerciciosdocencia.wordpress.com/textos-para-copiar/>

TEXTO: El Asno, el Perro y el Lobo

Caminaban penosamente bajo el Sol, un asno con su carga y el amo seguido del perro.

Llegados a la pradera, el amo cansado se echó a dormir; el burro, entonces, se puso a pacer libremente y solo el perro quedó en peor estado que cuando andaba.

—Compañero, amigo —le dijo al asno— ¿por qué no me haces un espacio para tomar algo de la cesta? El burro respondió, —¿por qué no te esperas un poquito a que despierte el amo y él te sirva la merienda?

De repente, varió la situación por completo, pues un lobo, que acechaba al grupo, se arrojó sobre el cuello del asno.

—¡Socórreme, compañero —gritaba el burro en su agonía—, pero el perro, contemplando la escena desde una altura, repuso: —¿por qué no te esperas un poquito a que despierte el amo y te socorra?

MORALEJA

Si no das oportuna ayuda, no esperes que ésta a ti acuda.

TEXTO: La princesa y el guisante

Había una vez un príncipe que quería casarse con una verdadera princesa. Viajó por todo el mundo buscando una, pero era muy difícil encontrarla. El príncipe volvió a su país, muy decepcionado.

Una noche se desencadenó una tempestad. De pronto, llamaron a las puertas de la ciudad y el viejo rey en persona fue a abrir. Apareció ante sus ojos una princesa. La lluvia chorreaba por sus cabellos y vestidos.

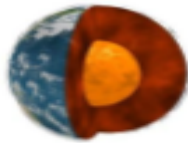
Parecía una fuente, aunque asegurase que era una princesa. “Pronto lo sabremos”, pensó la vieja reina. Sin decir nada a nadie, fue al dormitorio, quitó todos los edredones y colchones de la cama y dejó en el fondo de esta un guisante. Luego, colocó los veinte colchones y, encima, los veinte edredones. Allí había de pasar la noche la princesa.

Por la mañana le preguntaron cómo había dormido:

—¡Oh, terriblemente mal! —contestó—. No he pegado ojo en toda la noche. No comprendo qué tenía mi cama.

Entonces, todos se convencieron de que era una princesa, porque había sentido la molestia del pequeño guisante redondo. El príncipe se casó con ella y el guisante fue trasladado al Museo de la Ciudad.

TEXTO: Viaje al centro de la tierra



[Esta foto de Autor desconocido](#) está bajo licencia [CC BY-NC](#)

El 7 de agosto, nuestros sucesivos descensos nos habían llevado a una profundidad de treinta leguas, es decir, que había sobre nuestras cabezas treinta leguas de rocas, de océanos, de continentes y de ciudades. Debíamos de estar entonces a unas doscientas leguas de Islandia.

Aquel día, el túnel seguía un plano inclinado.

Yo caminaba delante. De pronto, al volverme, me di cuenta de que estaba solo.

«Bueno —pensé—, he andado muy deprisa o bien Hans y mi tío se han parado en el camino. Vamos, hay que unirse a ellos. Afortunadamente el camino no sube increíblemente».

Volví sobre mis pasos. Anduve durante un cuarto de hora. Miré. Nadie. Llamé. Ninguna respuesta. Mi voz se perdió en medio de los ecos cavernosos que despertó de pronto.

Empecé a sentirme inquieto. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

TEXTO: El piano se abre solo

Juan se dirigió a los otros niños.

-Venid aquí, que Luisa y yo tenemos algo estupendo que enseñaros.

Los niños no prestaron atención a Juan y siguieron hablando.

[-¡Plink, plank, plink, plank, plink!](#)

La tapa del piano comenzó a levantarse con lentitud y apareció un rayo de luz. Perico, Jasmina y Andrés se quedaron boquiabiertos. No podían creer lo que estaban viendo.

— ¿Qué pasa? Nos estáis gastando una broma, ¿verdad? — preguntó Perico con desconfianza. Estaba acostumbrado a las constantes bromas de sus hermanos mayores. Pero nunca había presenciado que las cosas se movieran solas.

Jasmina abrió mucho sus dulces ojos oscuros y exclamó realmente asombrada:

– ¡Es un verdadero truco de magia!

– ¡Qué va! ¡Pero si es un pasadizo secreto! – exclamó Andrés con entusiasmo.

Luego Perico preguntó con desconfianza.

– ¿Cómo encendéis esa luz tan fuerte?

Luisa y Juan no respondieron. Cuando la tapa del piano acabó de abrirse, Luisa tocó de nuevo la melodía:

-¡Plink, plank, plink, plank, plink!

Luisa hizo sonar el piano; mientras tocaba, el rayo se convirtió en una escalera de luz. Luisa subió al primer escalón y dijo:

– ¡Seguidme todos!

Uno por uno, los niños la siguieron, muy nerviosos, y se metieron en el piano.

TEXTO: Las mil y una noches

Sencillas, sonrientes y llenas de ingenuidad, como la musulmana Schehrazada, su madre suculenta que las dio a luz en el misterio; fermentando con emoción en los brazos de un príncipe sublime —lúbrico y feroz—, bajo la mirada enternecida de Alah, clemente y misericordioso.



Al venir al mundo fueron delicadamente mecidas por las manos de la lustral Doniazada, su buena tía, que grabó sus nombres sobre hojas de oro coloreadas de húmedas pedrerías y las cuidó bajo el terciopelo de sus pupilas hasta la adolescencia dura, para esparcirlas después, voluptuosas y libres, sobre el mundo oriental, eternizado por su sonrisa.

Yo os las entrego tales como son, en su frescor de carne y de rosa. Sólo existe un método honrado y lógico de traducción: la «literalidad», una literalidad impersonal, apenas atenuada por un leve parpadeo y una ligera sonrisa del traductor. Ella crea, sugestiva, la más grande potencia literaria. Ella produce el placer de la evocación. Ella es la garantía de la verdad. Ella es firme e inmutable, en su desnudez de piedra. Ella cautiva el aroma primitivo y lo cristaliza. Ella separa y desata... Ella fija.

La literalidad encadena el espíritu divagador y lo doma, al mismo tiempo que detiene la infernal facilidad de la pluma. Yo me felicito de que así sea; porque ¿dónde encontrar un traductor de genio simple, anónimo, libre de la necia manía de su renombre?...

Las dificultades del idioma original, tan duras para el traductor académico, que ve en las obras la letra...

TEXTO: La historia de Roma

P

uede que la tarea que me he impuesto de escribir una historia completa del pueblo romano desde el comienzo mismo de su existencia me recompense por el trabajo invertido en ella, no lo sé con certeza, ni creo que pueda aventurarlo.

Porque veo que esta es una práctica común y antiguamente establecida, cada nuevo escritor está siempre persuadido de que ni lograrán mayor certidumbre en las materias de su narración, ni superarán la rudeza de la antigüedad en la excelencia de su estilo. Aunque esto sea así, seguirá siendo una gran satisfacción para mí haber tenido mi parte también en investigar, hasta el máximo de mis capacidades, los anales de la nación más importante del mundo, con un interés más profundo; y si en tal conjunto de escritores mi propia reputación resulta ocultada, me consuelo con la fama y la grandeza de aquellos que eclipsen mi fama.

El asunto, además, es uno que exige un inmenso trabajo. Se remonta a más de 700 años atrás y, después de un comienzo modesto y humilde, ha crecido a tal magnitud que empieza a ser abrumador por su grandeza. No me cabe duda, tampoco, que para la mayoría de mis lectores los primeros tiempos y los inmediatamente siguientes, tienen poco atractivo; Se apresurarán a estos tiempos modernos en los que el poderío de una nación principal es desgastado por el deterioro interno.

Yo, en cambio, buscaré una mayor recompensa a mis trabajos en poder cerrar los ojos ante los males de que nuestra generación ha sido testigo durante tantos años; tanto tiempo, al menos, como estoy dedicando todo mi pensamiento a reproducir los claros registros, libre de toda la ansiedad que pueden perturbar el historiador de su época, aunque no le puedan deformar la verdad.

La tradición de lo que ocurrió antes de la fundación de la ciudad o mientras se estaba construyendo, están más próximas a adornar las creaciones del poeta que las actas...

TEXTO: Memorias de ultratumba

C

Como me es imposible prever el momento de mi fin, y a mis años los días concedidos a un hombre no son sino días de gracia, o más bien de rigor, voy a explicarme.

El próximo 4 de septiembre, cumpliré setenta y ocho años: es hora ya de que abandone un mundo que me abandona a mí y que no echo de menos.

Las Memorias, al frente de las cuales se leerá este prefacio, siguen, en sus divisiones, las divisiones naturales de mis carreras.

La triste necesidad, que me ha tenido siempre con un pie sobre el cuello, me obliga a vender mis Memorias. Nadie puede hacerse una idea de cuánto he sufrido por tener que hipotecar mi tumba; pero me obligan a este postrer sacrificio mis juramentos y la coherencia de mi conducta. Por un apego acaso pusilánime, consideraba estas Memorias como confidentes de los que nunca hubiera querido separarme; mi intención era legárselas a madame de Chateaubriand; ella las daría a conocer según su voluntad, o las destruiría, lo que hoy desearía más que nunca.

¡Ah, si antes de abandonar la tierra, hubiera podido encontrar a alguien lo bastante rico y lo bastante fiable como para rescatar las acciones de la Sociedad, y que no se viera, como dicha Sociedad, en la necesidad de imprimir la obra en cuanto las campanas doblen por mí! Algunos de los accionistas son amigos míos; varios de ellos son personas serviciales que han tratado de serme de utilidad; pero las acciones quizás hayan sido finalmente vendidas; habrán pasado a manos de terceros que yo no conozco y que antepondrán sus intereses de familia a cualquier otra consideración; para éstos, como es natural, la prolongación de mis días resulta, si no inoportuna, al menos perjudicial. Finalmente, si aún fuera dueño de estas Memorias, o bien las guardaría.

En el año 1878 obtuve el título de doctor en medicina por la Universidad de Londres, asistiendo después en Netley a los cursos que son de rigor antes de ingresar como médico en el ejército. Concluidos allí mis estudios, fui puntualmente destinado al 5.º de Fusileros de Northumberland en calidad de médico ayudante.

El regimiento se hallaba por entonces estacionado en la India, y antes de que pudiera unirme a él, estalló la segunda guerra de Afganistán. Al desembarcar en Bombay me llegó la noticia de que las tropas a las que estaba agregado habían traspuesto la línea montañosa, muy dentro ya de territorio enemigo. Seguí, sin embargo, camino con muchos otros oficiales en parecida situación a la mía, hasta Candahar, donde sano y salvo, y en compañía por fin del regimiento, me incorporé sin más dilación a mi nuevo servicio.

La campaña trajo a muchos honores, pero a mí sólo desgracias y calamidades. Fui separado de mi brigada e incorporado a las tropas de Berkshire, con las que estuve de servicio durante el desastre de Maiwand. En la susodicha batalla una bala de Jezail me hirió el hombro, haciéndose añicos el hueso y sufriendo algún daño la arteria subclavia. Hubiera caído en manos de los despiadados ghazis a no ser por el valor y lealtad de Murray, mi asistente, quien, tras ponerme de través sobre una caballería, logró alcanzar felizmente las líneas británicas.

[VOLVER AL INICIO](#)